

COMENTARIO

El sermón que traducimos para el lector tiene la virtud de ser apropiado a este tiempo por distintas razones. Primero, porque en los últimos días de este Año Santo conviene meditar precisamente en el llamado a la santidad como vocación universal, y que se ve estimulado cuando se contempla esa multitud de hombres y mujeres que nos han precedido y que gozan ya de la bienaventuranza eterna, al celebrarlos reunidos en la Fiesta de Todos los Santos del 1º de noviembre.

En segundo lugar, Newman, con su habitual agudeza nos pinta una situación de la sociedad que él tenía delante tan semejante a la nuestra, que el sermón parece escrito para hoy, precisamente en lo concerniente al olvido total que hoy padece la sociedad de vivir según un calendario cristiano y santificar las fiestas, como manda la Ley de Dios, rigiéndose solamente por el decurso civil y comercial del trabajo humano, que ya no da tregua ni para el descanso dominical. Recordamos al respecto la hermosa Carta del Juan Pablo II “Dies Domini”, donde advierte sobre la urgencia de vivir y promover el derecho del hombre a dar culto a Dios y recobrar el sentido religioso de su existencia. En este sentido hay que recordar que la liturgia, como lugar de la celebración del misterio cristiano, era fundamental para Newman en orden a renovar su tiempo, y lo es hoy según la reiterada enseñanza de la Iglesia. Hay que aplicar esto, como lo hace Newman mismo en el sermón, a nuestro propio país, donde ya casi han desaparecido las festividades religiosas que sean días feriados, de modo de permitir a los cristianos esa renovación, y aún las fiestas cívicas han ido perdiendo también significado de Patria. Es inhumana, y por cierto anticristiana, una cultura del trabajo sin fin, propia del consumismo, donde el descanso está orientado al trabajo y no al revés, como es la enseñanza bíblica. Es evidente que la vida eterna queda borrada de la perspectiva de muchos, y no queda otra cosa que ocuparse de problemas puramente inmanentes, reduciendo aún el cristianismo a esa sola dimensión.

En tercer lugar, el sermón es especial para el fin de año al referirse a la espera del Señor, a la vigilancia de la fe que espera la segunda venida de Cristo, en consonancia con la primera venida que celebramos en Navidad, pero lanzados con mirada escatológica a la consumación gloriosa que nos fue prometida, y que a modo de sacramento natural nos remite cada año que culmina, cuanto más cuando ha sido el gran Año Santo Jubilar que abre el Tercer Milenio de la Iglesia. Con este mismo sentido hemos publicado en este número el sermón de Epifanía, “La gloria de la Iglesia cristiana”, fiesta con al que S.S. Juan Pablo II clausurará el Año Santo 2000.

CELEBRAR LOS DÍAS DE LOS SANTOS

(Fiesta de Todos los Santos)

*Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra
(Hech 1,8)*

Fueron tantas las obras maravillosas que hizo nuestro Salvador sobre la tierra, que ni el mundo entero podría contener los libros que las recordaran. Ni han sido menos Sus maravillas desde que ascendió a lo alto, esas obras de gracia más elevada y fruto más perdurable hechas en las almas de los hombres, desde la primera hora hasta el presente, los cautivos de Su poder, los redimidos herederos de Su reino, a quienes ha llamado por Su Espíritu a trabajar en el tiempo oportuno, y ha guiado de esfuerzo en esfuerzo hasta que aparezcan ante Su rostro en Sión. ¡Ciertamente ni el mismo mundo podría contener los recuerdos de Su amor, la historia de tantos Santos, esa “nube de testigos” a quienes hoy celebramos, Su propiedad adquirida en cada época! Reunimos a todos ellos en un solo día, juntamos en el breve recuerdo de una hora todas las más selectas acciones, las vidas más santas, los trabajos más nobles, los máspreciados sufrimientos, jamás vistos bajo el sol. Aún el menor de estos Santos sería la contemplación de varios días. Solo sus nombres, si fueran leídos en nuestra celebración excederían muchas puestas y salidas del sol. Un pasaje de la vida de uno de ellos sería más que suficiente para un largo discurso. “¿Quién contará el polvo de Jacob, y el número de la cuarta parte de Israel?” (Núm 23,10). Mártires y confesores, obispos y doctores de la Iglesia, devotos ministros y hermanos religiosos,, reyes de la tierra y de toda la gente, príncipes y jueces de la tierra, hombres jóvenes y doncellas, viejos y niños, los primeros frutos de todos los rangos, edades, y llamados, unidos cada uno en su propio tiempo en el paraíso de Dios. Esta es la bendita compañía que hoy encuentra el peregrino cristiano en las celebraciones de la Iglesia. Somos como Jacob, cuando, en su viaje a casa, fue alentado por una visión celestial. “Jacob se fue por su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios, Al verlos, dijo Jacob: ‘Este es el ejército de Dios’: y llamó a aquél lugar Majanáyim” (Gén. 32,2).

Y tal ejército fue visto también por los Apóstoles favorecidos, como está descrito en el capítulo del que está tomada la Lectura de hoy. “Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y el Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos...Esos son los que vienen de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero” (Apo 7, 9.14).

Esta gran multitud, que ningún hombre puede contar, está unida en esta conmemoración de este único día, la agradable compañía de los Profetas, el noble ejército de los Mártires, los hijos de la Santa Iglesia universal, que descansan de sus fatigas.

La razón de esta disposición de las cosas es como sigue: Hace algunos siglos había demasiadas fiestas de Santos, y se convirtieron en una excusa para la holgazanería. Y lo que es peor aún, por una grande u casi increíble perversidad, en vez de glorificar a Dios en Sus Santos, los cristianos les rendían un honor aproximado a la adoración a Dios *. La consecuencia fue que se hizo necesario quitar sus fiestas, y conmemorarlos todos a la vez de manera resumida. Ahora, los hombres se van al extremo contrario. Estas Fiestas, aunque quedan pocas, no se observan debidamente. Así procede la humanidad, que, siempre ingeniándose las para no cumplir con su obligación, cae en uno u otro extremo errado. Vagos u ocupados, los hombres están mal en ambos casos: vagos siendo negligentes con sus deberes para con los demás, ocupados siéndolo con sus deberes para con Dios. Tenemos poco que hacer, sin embargo, con las faltas de los otros: dejémosles pasar por el error del tiempo ocioso bajo la pretensión de observar muchas Festividades, y hablemos más bien de la falta de nuestros días, es decir, de la negligencia en observarlas, y ello bajo la pretensión de estar muy ocupados.

Nuestra Iglesia abrevia el número de Festividades, pensando que es bueno tener pocas, pero cualesquiera sean las consideramos demasiadas. Pues, tomados como nación, estamos

empeñados en ganar, y damos de mala gana cualquier tiempo que se use sin referencia a nuestros negocios mundanos. Deberíamos reflexionar seriamente si esta negligencia para con los compromisos de la religión no es una gran pecado nacional. Como individuos, puedo fácilmente entender cómo es posible que los pasen por alto. Un número considerable de personas, por ejemplo, no tienen el tiempo a su disposición, pues están de servicio o en negocios, y es su obligación seguir las órdenes de sus patrones o empleadores, que les impide ir a la iglesia. O tienen obligaciones particulares de quedarse en casa, aunque sean sus propios amos. O, podría decirse, que las circunstancias en las que sienten el llamado, o el modo en que es ejercido por otros, puede ser una especie de razón para hacer lo que otros hacen. ¿Puede ser una pérdida mundana tal para ellos dejar su negocio el día de Todos los Santos para ir a la iglesia, como para que les parezca una razón en conciencia para no hacerlo? No deseo dar una opinión sobre este o aquel caso, que es materia que concierne inmediatamente al individuo. Aún así, digo, *en general*, que el estado de la sociedad debe estar defectuoso, cuando hace necesario ser negligente para con los preceptos de la Iglesia. Debe haber una falta *en alguna parte*, y es el deber de cada uno de nosotros purificarse de la parte de falta que tiene, evitando participar en los pecados de otros hombres, y haciendo todo lo posible para que otros puedan librarse también de la culpa.

Digo que esta negligencia para con los preceptos religiosos es una falta especial de estos últimos tiempos. Hubo una época cuando los hombres honraban abiertamente el Evangelio, y por consiguiente, tenía cada uno más medios de llegar a ser religioso. Las instituciones de la Iglesia fueron grabadas sobre el rostro de la sociedad. Las fechas se contaban no tanto por los meses y estaciones, sino por las festividades sagradas. El mundo iba al paso del Evangelio. Los acuerdos legales o comerciales estaban regulados por una ley cristiana. Algo de esto queda aún entre nosotros, pero tales costumbres han desaparecido rápidamente. Para reorganizar el orden de los compromisos son considerados suficientes los niveles de la mera utilidad. Los hombres piensan que es una pérdida de tiempo esperar el curso del año cristiano, y que ganan más con el método del negocio, y el esmero, la prontitud, y la claridad en sus transacciones mundanas según el mismo (y quizás realmente *ganan*, pero piensan que ganan *más*), que lo que pierden al abandonar los memoriales de la religión. Realmente los pierden, pierden esas reglas que en tiempos establecidos les hacen pensar en lo concerniente a la otra vida, y, a decir verdad, frecuentemente se gozan en perder lo que interfiere oficiosamente, como lo consideran, con sus esquemas temporales, recordándoles que son mortales.

Veamos otra parte del asunto. Fue alguna vez costumbre que las iglesias estuvieran abiertas todo el día, para que los cristianos pudieran entrar en su horas libres, y olvidar por algunos minutos las preocupaciones del mundo en ejercicios religiosos. Las celebraciones se fijaban para distintas horas del día, de modo de permitir concurrir en todo o en parte a aquellos que se encontraban cerca. Los que no podían llegar, tenían su libro de iglesia, y podían al menos repetir a veces en privado las oraciones que habían sido ofrecidas en la iglesia la hora anterior. Esta disposición se hizo para el sostenimiento espiritual de los cristianos día por día, para ese pan diario necesario que excede por mucho al “pan percedero”. Ahora todo esto se acaba. No nos arriesgamos a abrir nuestras iglesias de miedo que las profanen en vez de dar culto. En cuanto a un ritual acertadamente arreglado, demasiados de nosotros hemos aprendido a desdeñarlo y considerarlo una formalidad. Así, el mundo ha invadido la Iglesia; el flaco se ha devorado al gordo. Estamos amenazados con años de hambre espiritual, con el triunfo de los enemigos de la Verdad, y con el ahogo, o al menos el debilitamiento de la Voz de la Verdad, ¿y porqué? Todo porque hemos abandonado aquellas observancias religiosas a través del año que la Iglesia manda, que estamos obligados a cumplir, mientras que al abandonarlas hemos dado una suerte de argumento para aquellos que han querido suprimirlas del todo.

Ningún partido integrado por hombres puede mantenerse unido sin encuentros establecidos; sabemos que las asambleas son la misma vida de las asociaciones políticas. Viendo, pues, las instituciones de la Iglesia solo desde un punto de vista humano, ¿cómo podemos tener poder como cristianos si *no* acudimos en tropel a los preceptos de la Iglesia, presentando un rostro valiente al mundo y mostrando que Cristo tiene aún siervos fieles a El? Y por otro lado ¿qué gran poder tendríamos si acudiéramos! Que venir a la iglesia los domingos ayude de este modo, no cabe duda, pero sería una evidencia muchísimo más poderosa de nuestra seriedad por la Verdad, si diéramos testimonio de Cristo con algún inconveniente mundano para nosotros, como sería el caso de algunos en otras festividades. ¿Podemos imaginar un modo de predicación más poderoso para los hombres en general, de predicar a Cristo como una advertencia y una recordación, en el que pueda participar más fácilmente hasta el más ignorante y el más tímido de nosotros, que el que todos los que aman al Señor Jesucristo sinceramente hicieran la práctica de llenar de bote en bote las iglesias en las festividades semanales y los distintos tiempos sagrados, permitiendo menos, entretanto, que las personas religiosas hagan las miserables ganancias que ciertamente les asegura el interés mayor por la búsqueda de este mundo?

Todavía no he mencionado el beneficio peculiar que se deriva de la observancia del día de Todos los Santos, que reside obviamente en poner ante la mente modelos de excelencia para que los sigamos. Al dirigirnos a ellos, la Iglesia no hace sino completar el designio de la Escritura. Consideremos que gran parte de la Biblia es histórica, y que mucho de la historia es meramente la vida de aquellos hombres que fueron instrumentos de Dios en sus respectivas épocas. Algunos de ellos nos son modelos para nosotros, otros muestran las señales de corrupción bajo las cuales yace universalmente la naturaleza humana, pero los principales de ellos son ejemplos de especial fe y santidad, y son puestos ante nosotros con la intención evidente de excitarnos y guiarnos en nuestra vida religiosa. Tales son, sobretodo, Abraham, José, Job, Moisés, Josué, Samuel, David, Elías, Jeremías, Daniel, y otros como ellos, y en el Nuevo Testamento, los Apóstoles y Evangelistas. Primero de todos, y en Su propia gloria incomunicable, nuestro bendito Señor mismo nos da un ejemplo, pero Sus siervos fieles nos guían hacia El y confirman y diversifican Su modelo. Ha sido, pues, el deseo de nuestra Iglesia en el día de sus Santos mantener el principio, y establecer un modelo, de esta peculiar enseñanza escriturística.

Y nosotros, hoy, tenemos particular necesidad de la disciplina de conmemorar el día de los Santos, para acordarnos a nosotros mismos. Es una culpa de estos tiempos (porque no tenemos nada que ver con las culpas de otros tiempos) despreciar el pasado en comparación al presente. Raramente podríamos abrir alguna de las publicaciones más iluminadas o populares del momento sin dar con algún panegírico sobre nosotros mismos, sobre la iluminación y la humanidad de la época, o con algunas notas despectivas sobre la sabiduría y las virtudes de tiempos pasados. Ahora bien, es una cosa muy saludable bajo esta tentación de engreimiento que se nos recuerde: que en todas las más altas calificaciones de la excelencia humana hemos sido muy sobrepasados por hombres que vivieron siglos atrás, que fue establecido entonces un nivel de verdad y santidad que no es probable que alcancemos, y que pensar llegar a ser más sabio y mejor, o más aceptable a Dios, de lo que ellos fueron, es un mero sueño. Aquí se nos enseña el verdadero valor y la relativa importancia de los variados dones de la mente. Los aparatosos talentos de los que se enorgullece esta época, se desvanecen ante el verdadero metal de los Profetas y los Apóstoles. Su cacareado “conocimiento” no es sino una sombra de “poder” frente a la vigorosa fuerza de corazón que mostraban, pudiendo hacer con calma milagros morales, tanto como hablar con labios de inspirada sabiduría. ¡Si pudieran San Pablo o San Juan levantarse de entre los muertos! ¡Cómo se reducirían a nada los insignificantes filósofos que ahora consideran como propios el intelecto y la virtud iluminada, ante aquellas bien templadas y afiladas armas del Señor!

¿No hemos llegado a esto, no es nuestra culpa como nación que, si no los mismos Apóstoles, al menos el sistema eclesiástico que ellos idearon y el orden que fundaron son vistos con frialdad y falta de respeto? ¿Qué pocos hay que miren con interés reverente a los Obispos de la Iglesia como a sucesores de los Apóstoles, honrándolos, si lo hacen, meramente porque les agradan como individuos y no por pensar en la peculiar sacralidad de su oficio! ¡Bien, que sea!, el Fin debe llegar alguna vez. No puede ser que las cosas permanezcan así aún. La Iglesia de Cristo es indestructible, y perdurando a través de todas las vicisitudes de este mundo, *debe* resurgir nuevamente y florecer, cuando las pobres creaturas de un día que se le opusieron se hayan desmoronado en el polvo. ¡Ningún arma forjada contra ti tendrá éxito” (Is 54,17). “No te alegres de mí, enemiga mía, porque si caigo, me levantaré, y si estoy postrada en tinieblas, el Señor es mi luz” (Miq 7,8). Mientras tanto no olvidemos nuestro deber, que es, según el ejemplo de los Santos, llevar nuestra cruz dócilmente, y rezar por nuestros enemigos.

Estos pensamientos son apropiados para grabarlos en nosotros al terminar, como hacemos ahora, las Fiestas anuales de la Iglesia. Cada año trae maravillas. No sabemos ningún año qué prodigios ocurrirán antes de que el ciclo de festividades se haya acabado otra vez, desde la fiesta de San Andrés hasta la de Todos los Santos**. Nuestro deber es esperar la venida de nuestro Señor, preparar Su camino ante El, orar para que cuando llegue seamos encontrados vigilando, orar por nuestro país, por nuestro Rey y todos los que tienen autoridad debajo suyo, para que Dios conceda luz a las inteligencias y cambie el corazón de los hombres en el poder, y los haga actuar en la fe y temor a El, por todos los órdenes y condiciones de hombres, y especialmente por esa rama de Su Iglesia que ha plantado aquí ***. No olvidemos, en nuestro legítimo y conveniente horror hacia los hombres malos, que tienen alma y que no saben lo que hacen cuando se oponen a la Verdad. No olvidemos que somos hijos de Adán pecador tanto como ellos, y hemos tenido ventajas sobre otros hombres para ayudar a nuestra fe y obediencia. No olvidemos que, al ser llamados para ser Santos, somos llamados por eso mismo para sufrir. Y si sufrimos, no debemos pensar que es extraño considerando el fiero proceso que es ponernos a prueba, ni engreírse por nuestro privilegio de sufrir, ni traer sufrimiento innecesariamente sobre nosotros, ni ser ansiosos en distinguir lo que hemos sufrido por Cristo, cuando no hemos sufrido sino por nuestras culpas, o de ninguna manera. Quiera Dios darnos gracia para actuar según estas reglas, así como para adoptarlas y admirarlas, y para no decir nada por decirlo, sino ¡hacer mucho y decir poco!

Comentario y traducción de P. Fernando María Cavaller

* Aquí, el juicio lo hace Newman acentuando excesivamente la cuestión, dada su procedencia calvinista y luego evangélica, dentro del anglicanismo, que cuando escribe es sermón todavía tenía alguna influencia sobre el culto a los santos, a quienes sobretodo no se los consideraba intercesores válidos. Solamente en vísperas de su conversión al catolicismo, y después de un sesudo análisis de la historia, aceptaría la verdad del culto popular católico, sin pensar que fuese una corrupción de las prácticas romanas. Aún así, para lo que quiere decir en el presente sermón, es aceptable señalar, como lo hace, un exceso que ciertamente ocurrió, especialmente para oponerlo al exceso contrario moderno.

** Se trata del ciclo litúrgico de las Fiestas de los Santos, que en la Iglesia anglicana comenzaba con San Andrés, el 30 de noviembre, en el inicio del Adviento y culminaba con Todos los Santos, el 1° de noviembre. El Tract n° 56 de 1834 nos da la enumeración y detalle

de todas las festividades que debían celebrarse. Es de notar que precisamente esto fue uno de los fundamentos del Movimiento de Oxford que Newman lideró buscando renovar la vida del anglicanismo.

*** Se refiere a la Iglesia de Inglaterra, que según la “teoría de las ramas” que Newman sustentaba por entonces, era una de las tres ramas de la Iglesia Católica, junto con la romana y la ortodoxa, concepción que luego combinó con su “Vía Media”, en la que el anglicanismo se consideraba en el medio correcto entre la herejía protestante y los excesos romanos, y que finalmente abandonó por considerarla una abstracción sin sustento real, en el proceso de su conversión al catolicismo.